

Me agobia ver tanto muslo

Emilio Álvarez Frías

Para hacer un receso, hablemos del tiempo y sus consecuencias. La verdad es que, con tanto calor como estamos pasando este año, andamos un poco asfixiados. Lo que, junto con los lances de Pedro Sánchez, los tejemanejes para sentar en la silla a algún que otro presidente de Comunidad y las elecciones que nos ha montado el susodicho en fechas que son para disfrutar en la piscina, en la orilla del mar, o en cualquier lugar que no sea la casa de todo el año, nos conduce a sentirnos sumamente oprimidos, sofocados, pues se nos amontonan las cosas que queremos, o mejor que tenemos que hacer, pero que no sentimos ninguna gana en llevar a cabo.

Por ello, y jurando que quienes tenemos algunos años a cuesta ya hemos pasado calores como estos en otras ocasiones, pues no es nada nuevo, nos vamos a salir hoy por la tangente. No sin antes comentar una anécdota personal respecto al tema del calor de hace años; era un día de agosto, camino de la costa andalucí, aparque mi Seat 600 en un lugar cercano a la calle Sierpes, en Sevilla, con ánimo de descansar, hacer una visita a la ciudad y tomar una comida rápida. Era de cajón se me ocurriera comentar, con un guardacoches que andaba por allí atendiendo al personal, que hacía «mucha caló», siendo su respuesta: «¡Qué va, si hoy solo estamos a 50 grados!». No sé si realmente hacía 50 grados o me tomaba el pelo, cosa normal por aquellos lugares, pero lo cierto es que hacía un calor agobiante. Mas no me asustó, lo daba por cierto y con mi familia me fui a recorrer Sevilla, aunque sudáramos cantidad. Y no nos pasó nada, palabra.

Ahora todos nos quejamos, tanto si hace frío como si el calor es respetable. Yo le echo la culpa a nosotros mismos más que a la naturaleza, pues como nos hemos dado la calefacción para cuando hace frío y el aire acondicionado para cuando el calor aprieta, andamos desmandados y hemos perdido las cualidades para soportar lo que venga cuando toca.

Aparte de ese problema, lo cierto es que en estos tiempos nos pasamos de la raya. Sobre todo en el verano. Nos quitamos la ropa en exceso, nos vestimos en la ciudad como si anduviéramos por las playas más calurosas, hemos perdido la costumbre de usar las prendas adecuadas tanto para el calor como



para el frío. Sobre todo para el calor. Y cada año con mayor provocación. Este año, por ejemplo, un servidor está ahíto de ver muslos femeninos de los más variados diámetros; y que no se diga que soy un machista, porque las braguitas negras que se han puesto de moda en sustitución de los pantalones cortos de otros años, no es que sean provocativas es que son feas, horribles, que no atraen en absoluto y nos presentan unas féminas profundamente mal vestidas y notablemente poco atractivas. Y para más inri, no se las ponen solo las jóvenes de cuerpos más o menos discretos, con cierta obligación de ser

esculturales, que podrían pasar en algunos casos, sino que es una prenda adoptada por jóvenes y mayores, con muslos proporcionales y con muslos descomunales; casi con preferencia por estos últimos. Para complementar, no son pocas las que han acogido el sujetador como segunda prenda para cubrir su cuerpo, más o menos grande, más o menos disimulado en telas y modelos que, repito, no las hace más atractivas. A mí me tienen agotado de ver este constante desfile a pesar de que intento mirar para otro lado porque no quiero que consideren que lo hago con sentimiento instigador, tan mal visto por las damas de la igualdad y paralelas.

Claro que, si nos fijamos en el sexo opuesto, los hombres, tampoco se puede decir que aciertan con su vestimenta. Una cantidad descomunal ha adoptado el pantalón corto, desde los jovencitos a los octogenarios, que no los embellece en demasía, pues las hechuras no son las más adecuadas. Además de que con ello no se consigue bajar los grados de temperatura en el cuerpo correspondiente. Lo dice quién en su tiempo lo utilizó para andar por los campamentos juveniles, haciendo marchas por España, subiendo a las montañas del país..., pero no para andar por la ciudad. Y unos pantalones cortos discretos, no esos trozos de tela hasta las rodillas.

Ya que estamos ocupándonos con la presencia que ofrecen nuestros compatriotas de ambos sexos –también lo hacemos respecto a los de otros países que, en cuanto cruzan la frontera, intentan desnudarse lo más posible– aprovecho para tocar de paso la moda de los tatuajes. ¡Qué cosa más horrible! Fundamentalmente aquellos que en lugar de limitarse solo un «te quiero» o a



una flor, por ejemplo, llenan los brazos y las piernas de dibujos. Absolutamente antiestético. ¿Pensarán que van guapos/as los que llenan de rayajos o dibujitos el cuerpo? Viene a completar el mal gusto del progresismo. ¿Alguien se imagina una modelo de Balenciaga o Pertegaz luciendo un tatuaje en un desfile de sus prendas? ¿O a Marilyn Monroe, Grace Kelly o Carmen Sevilla con ese pegote? Y esto es algo que aumenta día a día. En jóvenes y mayores, pequeños o grandes, rellenando piernas y brazos cuando no cuerpos enteros o casi. Probablemente en las islas del Pacífico Sur, por la polinesia, respondan con ello a 3.000 años de cultura y represente el escudo de sus

ancestros, de sus clanes, de lo que sea, pero en un macarra de nuestro tiempo no son nada más que un parche, en un chuleta madrileño algo completamente inusitado, y en un pescador de Cambados una majadería, por poner unos ejemplos.

Total, que aparte que las mujeres se nos desnudan para andar por cualquier lado, los machistas de la época del género se visten con ropas que habitualmente estaban reservadas para los niños que empiezan su andar, y todos juntos se decoran con dibujos y letreros grabados en los cuerpos, no hay mucho realmente atractivo en los veranos; y a medida que pasan los años, menos y más horrible. ¡Qué tiempos aquellos en los que vimos a las francesas aparecer por nuestras playas en bikini!